

EXPERIENCIA DE FE EN COMUNIDAD

Prudencio López Arróniz

De acuerdo: tenemos que volver a recuperar los cristianos de hoy, el gozo recién estrenado de las Primeras Comunidades Cristianas: su experiencia viva y contagiosa que arranca del encuentro personal transformante con el Señor Resucitado. Y luego, Intentar vivir como ellos vivieron, entre la paganía.

Esos son los testigos que necesitamos y buscamos
Pero, ¿ cómo fue su experiencia Pascual?

“ Es una experiencia fontal que transforma enteramente su existencia. Algo así como una iluminación que rompe la imagen que tenían del mundo, de Yhavé y de si mismos. Se derrumba su mundo viejo y nace algo completamente nuevo: una experiencia de salvación y reconciliación inefable: la vivencia de la gratuidad total de Dios. Ya no valen las viejas palabras. La experiencia exige palabras nuevas, para poder expresar articular y comunicar lo que viven: que Dios, encarnado en Jesús es amor insondable, Fuente de vida y salvación para el ser humano” (Pagola)

Así comienza el nacimiento de las primeras Comunidades cristianas, como ámbito de comunicación y crecimiento de la fe en el Señor Resucitado.

El evangelista S. Juan lo narra y condensa en un saludo, explosivo como una primavera que irrumpe en los últimos fríos del un invierno paralizante. Volvamos a leerlo.

“- Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han tocado nuestras manos, acerca de la Palabra de la vida – pues la vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó- lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo” (1 Jn 1- 3)

Es el contraste que necesitamos para saber que quien proclama su experiencia de Dios dice verdad o padece de engaños o trastornos psíquicos.

Pocas cosas son tan peligrosas como afirmar la presencia del Misterio en la propia vida. La persona que lo proclama, puede contar la verdad, o inconscientemente, descubrir choques emocionales religiosos, mecanismos de proyección de deseos, sentimientos subconscientes, imaginación de situaciones no enraizadas en la realidad, el precio otorgado por una imagen religiosa aureolada, obsesiones de megalomanía espiritual, y tantas otras trampas que hacen caer en fenómenos pseudo-religiosos.

La verdadera experiencia de Dios se contrasta con la vivencia de la misma en la vida ordinaria y en la integración en una Comunidad de creyentes que dice lo que vive y vive lo que dice: un grupo de creyentes que vive comprometido y proyectado hacia los demás, sin individualismos ni reticencias: que ha sentido la salvación ofrecida por Dios gratuitamente y se ve impelido por la urgencia a comunicarla. Ya no pueden callar su experiencia. Necesitan imperiosamente anunciar a los otros el acontecimiento que ha cambiado sus vidas. Ni al sol, ni al amor se les puede ocultar con una criba.

Según los Hechos de los Apóstoles, quien se convierte a Cristo, Crucificado – Resucitado, se incorpora con naturalidad a la Comunidad de creyentes.

“ Alababan a Dios y se ganaban el favor de todo el pueblo. Por su parte, el Señor, agregaba cada día a los que se iban salvando, al Grupo de los creyentes” (Hch 2, 47)

La Comunidad cristiana es la nueva gran familia a la que se incorpora el recién bautizado, y a quien acoge con gozo sincero de hermanos: es el seno materno en el que todos se sienten unidos y enardecidos por una única centralidad viviente: la persona de Jesús, Crucificado-Resucitado.

Las primeras Comunidades apostólicas son grupos de hombres y mujeres que se reúnen, según la tradición más antigua, para celebrar el **Día del Señor**: la gran vigilia añorada durante toda la semana, en que todos viven en la fe, cómo emerge la Presencia del Resucitado que los adoctrina con su Palabra y los enardece con su Vida nueva en la comunión, creando con El una urdimbre personal más madura y aleteante, y entre ellos mismos, el entramado de una auténtica relación de fraternidad.

Este misterio de comunión que es la Iglesia, se hacía visible y palpable, sobre todo a los ojos de los paganos, que asombrados ante lo desacostumbrado, se veían obligados a exclamar:

“Mirad cómo se aman”.

En su ámbito cálido nadie se siente superior ni inferior a nadie: tampoco se mueven con categorías de escuela: maestro-discípulo, sino de Comunidad de hermanos, porque todos se sienten y viven como tal.

Se estaba cumpliendo la repetida afirmación del Señor:

“ Todos vosotros sois hermanos (Mt 23, 8)

“ Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20).

Lo que verdaderamente aglutina a la nueva familia hasta lograr que todos sus miembros vivan en comunión, es haber tenido un encuentro transformador con el Señor Resucitado: sea personalmente, mediante el encuentro individuado con la Palabra y el Espíritu, o en la Comunidad de creyentes donde se visibilizaba y hacía tangible su Presencia Gloriosa de Hombre Nuevo.

Este es el primer dato del que hemos de dejar constancia: del encuentro sorpresivo y transformante con Jesús, Crucificado y Resucitado.

Después, como una cadena de eslabones estrechamente unidos, esa vivencia del Señor Resucitado desata necesariamente una experiencia de cambio y conversión.

“ Pedro les respondió:

- *Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para que queden perdonados todos vuestros pecados” (Hch 2, 38)*

La experiencia de sentirse perdonados y apasionadamente amados por el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, les hace conscientes de la irrupción en ellos de la acción todopoderosa del Espíritu Santo.

“ Sopló sobre ellos y les dijo:

- *Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20, 22) (Hch 2, 38).*

De este modo las primeras Comunidades cristianas se convertían en lugar de contagio vital de la misma fe, de enseñanza, de comunión, de celebración de la Presencia, de oración, de fraternidad y compromiso con los más necesitados.

“ Los que habían sido bautizados perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hch 2, 42).

Aquello no era una ilusión tan bella como irrealizable por utópica y quimérica. Aprendieron por experiencia que amar no es sólo dar, sino que es darse y recibir. La comunión de corazones se tradujo inmediatamente en una efectiva comunión de bienes.

“ El grupo de los creyentes pensaban y sentían lo mismo, y nadie consideraba como propio nada de lo que poseía, sino que tenían en común todas las cosas” (Hcho 4, 32).

Una Comunidad así, tenía siempre las puertas abiertas a los que tocados por el Espíritu, pedían incorporarse y vivir en un ámbito tan acogedor como infrecuente.

“ Alababan a Dios y se ganaban el favor de todo el pueblo.

Por su parte, el Señor agregaba cada día a los que se iban salvando, al grupo de los creyentes. (Hch 2, 47).

Y no es que pisaran caminos de rosas. La situación política y religiosa ambiente era abiertamente hostil. Se los encuadraba despectivamente entre las gentes de baja estofa, de prácticamente nula cultura y menos influencia social. Se los perseguía con enojo y frenesí, se los encarcelaba, se los condenaba a mil modos refinados de muerte, tan refinados como inhumanas y desmedidos.

Ya a mediados del siglo II, en un escrito llamado Carta a Diogneto, se describe cuál era la verdadera situación de los cristianos.

- *A todos aman y por todos son perseguidos. Se los desconoce y se les condena. Se los mata...y sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben decir el motivo de su odio “ (V, 11-17).*

La misma situación incómoda y desconcertante la describe S. Pablo por contrastes vigorosos y paradójicos, en su segunda Carta a la Comunidad de Corintio (2 Cor 4, 8-11)

“ Nos acosan por todas partes, pero no estamos abatidos: nos encontramos en apuros, pero no desesperados: somos perseguidos pero no quedamos a merced del peligro: nos derriban, pero no llegan a rematarnos. Por todas partes vamos llevando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que la Gloria de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Porque nosotros, mientras vivimos, estamos siempre expuestos a la muerte por causa de Jesús, para que también, la vida de Jesús, se manifieste en nuestra carne mortal”.

Y es que los creyentes de las primeras Comunidades cristianas estaban convencidos hasta los tuétanos de que en su debilidad y fragilidad de pobres “vasijas de barro”, brillaba la fuerza de Dios: se sienten como “levadura en la masa” (Lc 13, 21) que lenta, imperceptiblemente lo va fermentando todo con la Buena Nueva. Las primeras Comunidades son generadoras de vida. Sólo se contagia lo que se vive. Y ellos contagiaban la experiencia de aquel encuentro con Jesús al sentir en él la acción salvadora de Dios. Sin este encuentro todo hubiera seguido tan anodino y plano como siempre.

La Resurrección de Jesús tuvo como cuatro tiempos. Primero fue la irrupción de una poderosa fuerza divina que tiene su origen en Cristo Resucitado, revelación que deslumbra y conmueve lo más profundo de la persona. Al mismo tiempo la persona siente una fortísima experiencia que la estremece de gozo en el Espíritu Santo. De este acontecimiento queda el mensaje fuertemente impactante, vivido, creído, testificado y testimoniado. Y como consecuencia, un cambio de vida increíble, que hace vivir ahora al aire de Jesús.

En efecto, el Resucitado ha ofrecido a sus vidas algo asombroso: un sentido y una motivación nueva, que los incitaba a vivir “como él vivió”. Jesús es una Presencia que suscita la fe. Una vida que no tiene sentido para vivir es como una cometa en manos de un niño, juguete de todos los vientos, hasta que cae en picado y se estrella.

Es el contraste que necesitábamos para saber si quien proclama que ha tenido una experiencia de Dios es una experiencia auténtica de fe: si la fe se cae, o suena a oro de ley, o como un cesto de avellanas vacías.

La historia de la fe cristiana es la historia de una experiencia transformante, que se ha ido transmitiendo de generación en generación, teniendo como principio fontal, el Espíritu del Resucitado cristalizado en las vidas de los Apóstoles, en las primeras Comunidades cristianas y en nosotros mismos, como un acontecimiento vivido.

Nadie consigue comprender solo la totalidad del Evangelio, del Misterio de Jesús. En esta comunión de fe que es la Iglesia, lo que yo no comprendo de la fe, otros lo comprenden porque lo viven. No me apoyo sólo en mi fe, sino en la fe de los cristianos de todos los tiempos que nos han precedido, desde la Virgen María, los Apóstoles, los Mártires y los Santos, hasta en la de quienes viven hoy ardientemente la aventura de vivir resucitando con el Resucitado. Así me voy adentrando y perdiendo en el Misterio de la fe.

La experiencia de Dios necesariamente se convierte en anuncio de lo vivido, en la praxis y celebración comunitaria de lo que “hemos visto y oído”, porque el cristianismo no es la doctrina del Libro, ni los ritos de una Liturgia, sino una “noticia de Dios” que ha de ser vivida personal y comunitariamente, transmitida a otros como la única Buena Noticia que nos salva. En la sociedad laicizada en que vivimos ya no podemos vivir un Cristianismo que ofrece seguridades, sino certezas en la oscuridad.

Ya no podemos seguir viviendo un cristianismo sin un encuentro personal con Dios, sin volver a revivir y reactualizar profundizando cada día, la vivencia primera de lo experimentado que nos cambió la vida y que nos empuja ahora a proclamarlo a los cuatro vientos, iniciando así en la vida social y laboral un “fermento de levadura”, que silencioso y activo, se va haciendo contagio evangelizador.

“Por eso los Grupos, pequeños o grandes de fe, viven de estar acogiendo el Espíritu de Jesús Resucitado que los salva y enardece como luz nueva” (Jacquemont).

Bienaventuradas las parroquias que son continuidad viva de la “experiencia mística original” (Shcillebeeckx): ámbito en que se sigue engendrando la vida nueva en el Espíritu, que la acogen, la asimilan y la ofrecen a los pobres y a los que “buscan con sincero corazón”, porque el Evangelio mucho antes de ser palabra escrita fue experiencia de fe vivida y transmitida por los Apóstoles y los primeros cristianos.

Bienaventurados los grupos de fe y oración, parroquiales o no, que vuelven a revivir el pasaje de los “ dos de Emaús”: primero escuchando la Palabra del “compañero de camino”, y luego, deslumbrados por el gesto de Jesús al partir el pan: allí se les abren los ojos, tienen la certidumbre de haberse encontrado con el Resucitado y de ser como catapultados en la oscuridad peligrosa y traidora de la noche, hacia la Comunidad de discípulos de Jerusalén, para anunciarles la Buena Nueva de que también ellos son testigos de que Jesús ha Resucitado y vive.

“ *Ellos contaron los que le había ocurrido cuando iban de camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan*” (Lc 24, 35)

Lucas quiere recordar a los miembros de toda Comunidad cristiana, que “*al romper el pan*” (Hch 2, 42. 46: 20, 7.11), siempre es posible el encuentro con el Resucitado.

Es la respuesta clara a tu pregunta. “Si Jesús ha resucitado y está vivo ¿dónde puedo encontrarlo?”.

La evangelización del futuro que ya está llegando, se basará cada vez más, en el método del “Ven y verás” (Jn 1, 39).

Ven a mi Comunidad y descubrirás un estilo de vida alternativo caracterizado:

-Por la *familiaridad con Dios* que nos hace exclamar “¡Abbá, Padre!” (Rom 8, 15)

-La *igualdad humana* “No llaméis a nadie padre, ni maestro y señor en la tierra, porque uno sólo debe ser vuestro Padre, Maestro y Señor: El del Cielo. Todos vosotros sois *hermanos*” (Mat23, 8-10).

-El *servicio*: “Ya sabéis que en la tierra lo normal es que los Jefes se endiosen. ¡Que no sea así entre vosotros! Entre vosotros el primero debe ser el esclavo de todos” (Mat 20, 25-28)

-La *libertad* : “Para ser libres nos liberó Cristo, de modo que manteneos firmes y no os dejéis poner otra vez el yugo de la esclavitud” (Gal 5, 1).

-El *compartir* frente al *tener, como* aquellos primeros cristianos que “vivían unidos y lo tenían todo en común” (Hech 2, 44).

-El *amor incondicional*:” Os doy un mandamiento nuevo: Que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn 13, 34), es decir, hasta dar la vida por los demás. (Jn 15, 13) (L. González Carvajal).

(Tomado de “ES LA HORA DE LA EXPERIENCIA DE DIOS” Pgs 34 – 42. Edit Monte Carmelo Apdo.19. Burgos España)